

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

Regresar a Updike

El escritor estadounidense describe los problemas conyugales de la clase media con una mirada tan cruel como compasiva: comprende, perdona y condena al mismo tiempo

POR CARLOS ZANÓN

Todo un misterio cómo se comportará la posteridad con John Updike (Reading, Pensilvania, 1932-Beverly Farms, Massachusetts, 2009), pero la cosa no está para apostar a su favor. Si estuviera vivo, es más que probable que muchos intentasen exhibir en sus muros y paredes su cabeza de rinoceronte blanco. No ocurrió, a pesar de que, en sus últimos años de vida, la veda sobre él ya se había abierto. La corrección política le acusó de casi cualquier cosa, optando por ningunear cada nueva entrega suya antes que destrozarlo, porque aún se le respetaban tanto su prestigio como su tesón competitivo. Novelas como *La belleza de los lirios* (1996), *Gertrudis* y *Claudio* (2000) o recopilaciones de cuentos como *Lo que queda por vivir* (1994) demostraron merecerse ese respeto.

Estamos refiriéndonos a una de las cimas del Himalaya de la edad de oro de la novela norteamericana del siglo XX junto con Norman Mailer, Philip Roth o Saul Bellow. Un trozo de los sesenta y setenta le pertenece si se tiene en cuenta que, además de esos compañeros de viaje, Updike coincidió con John Cheever, Carson McCullers, Truman Capote, Flannery O'Connor, Ralph Ellison o Joyce Carol Oates. Supo crearse entre aquellos agujeros negros y supernovas un territorio propio, la clase media blanca norteamericana que controlaba mejor el alcohol que el adulterio, con el botón rojo de la pastilla anticonceptiva en la mesilla de noche. Updike, que empezó queriendo ser artista gráfico, luchó y consiguió ser lo que él creía que necesitaba la narrativa estadounidense de su tiempo: un escritor tan grande como popular. Algo como Mickey Mouse, Elvis Presley o la televisión. Dibujó con trazo claro, arquitectónico y minucioso los barrios, las casas residenciales, las habitaciones, los aseos y dormitorios, divorcios, disputas y armisticios, el romance, el sexo y la deslealtad de sus conciudadanos en un estilo tan despiadado como hermoso. Te clavaba el escalpelo con un corte limpio que te eximía tanto de la épica como de los últimos sacramentos. Sus libros son narcisistas, y el tiempo transcurrido



John Updike, visto por Sciammarella.

empuja su perfeccionismo, en demasiadas ocasiones, hacia lo esnob, pero su lectura sigue revelando algo prodigioso. Parecen ser libros escritos por un dios que comprende sin juzgar ni intervenir. Nos hace vernos como seres pequeños y corrientes, pero no estúpidos ni banales, corriendo hacia la muerte, que tratamos de evitar anclándonos en la eternidad del instante perfecto al precio —hijos, ruina, muertes— que sea.

Todo eso está en el rescate que hace Gatopardo Ediciones de *Cásate conmigo*, novela editada en 1977 que en España publicaría la extinta editorial Noguer, con un mismo traductor, pero distinta traducción. En ella, Updike regresa de nuevo a su territorio

favorito: los problemas conyugales de la clase media norteamericana, después de su *best seller*, *Parejas* (1968), y en medio de su portentosa serie con el personaje de Harry Conejo Angstrom (una tetralogía y un libro de cierre *post mortem* de Harry, que será lo que hará que se siga leyendo a Updike y aquí sí que caben apuestas).

La acción se sitúa en 1962, en Greenwood, en las afueras de Connecticut. Sueño americano adulto: playas, cenas, niños, cócteles al atardecer, juegos de guerra de sexos, dormitorios propios y ajenos. Jerry y Sally inician una relación extramatrimonial que desean que desembogue en sus respectivos divorcios y una nueva boda. Desconocen que sus respectivas parejas también están teniendo su propia aventura. En cinco capítulos, John Updike distribuye juego. Las cartas están marcadas y varían de valor según las conversaciones, los personajes, el tempo dado en las cinco partes en la que se divide la novela. La culpa derivada de la aparente posibilidad de elegir, el templo religioso que al adulterio le tienta destruir para erigir uno nuevo, ya pagano, a la mayor gloria de no seguir muerto en vida. Todo esto está en esta novela, con el estilo de siempre, esa tercera persona que no es sino una primera tramposa, y lo impúdico de una mirada humana, profunda, escatológica, tan cruel como compasiva: comprende, perdona y condena al mismo tiempo.

En su trayectoria, *Cásate conmigo* es un trabajo artesanal, impecable, sí, que funciona como un reloj, pero sin aliento mayúsculo. Pero eso no desmerece nada en el caso de Updike, porque un poco suyo es casi demasiado para muchos otros. Y además, como en casi todos sus libros, sean novelas o cuentos, hay alguna escena que acabarás llevándote contigo. Como, por ejemplo, esa en la que Jerry y Sally, que han vivido un día idílico en unas playas a tiro de avión, unas horas que les han reafirmado en su decisión de romper sus respectivos matrimonios y estar juntos, llegan al aeropuerto para volver a casa y una tormenta hace prever que el vuelo de regreso se retrasará. Eso acarreará que la realidad doméstica, el perro hasta entonces dócil y amaestrado les morderá la mano. La burbuja de la fantasía adúltera estalla por un avión con retraso. Finalmente, el mago les salva para condenarles: volarán a tiempo, las coartadas de cada uno funcionarán y se salva el *match ball*. Pero, sin embargo, la luz ha cambiado y han visto, se han visto, y lo mismo ya no es lo de siempre. Lo suyo, dure ya lo que dure, terminó. Como en esas miradas de algunas películas de Antonioni que lo dicen todo y es amargo y final.

Cásate conmigo

John Updike

Traducción de Andrés Bosch
Gatopardo, 2020
335 páginas. 21,90 euros

NARRATIVA

Novela gótica con traca final

POR JOSÉ MARÍA GUELBEZU

La advertencia editorial de que esta es una novela gótica traducida por vez primera al español no deja de ser tentadora. George Brewer es un autor semisecreto nacido en Saint Martin-in-the-Fields en 1766. Publicó esta novela en 1808, pero fue en 1842 cuando su segunda edición la devolvió al género con notable reconocimiento. Toda la gran novela gótica (la de Walpole, Radcliffe, William Beckford o Matthew Lewis) ofreció su tremebunda escritura a finales del siglo, por lo que cabe suponer que esta quedó opacada por los autores mencionados. En todo caso, hay que señalar características que la diferencian de obras como *El castillo de Otranto* o *El monje*. La primera es su brevedad y el modo tan directo con que aborda el relato, sin entretenerse en la sobreabundancia estilística de sus predecesoras, con la excepción de *Vathek*.

Bien podría decirse que *La bruja...* es casi un resumen de todo lo que una novela gótica debe de contener, como si se tratara de una guía. Aquí tenemos presentados sin el menor disimulo los elementos del género: en primer lugar, la relación de buenos y malos, que lo son sin matices. Los buenos quedan pronto retirados por la acción criminal de los malos y son estos los que soportan el peso de la acción:



La cocina de las brujas (1635), de David Teniers el Joven.

el barón de la Rauch, dueño del castillo, la bruja en su cabaña y la mujer fatal; a los tres los mueven el poder y el dinero y no vacilan en recurrir a cualquier iniquidad para conseguirlos. Toda la novela es una representación que responde —como bien señalan los prologuistas— a la concepción teatral de la historia: el escenario lo es, las escenas lo son y los malvados conducen la obra con sus malas artes y su absoluta falta de moral

hasta un final apoteósico que no tiene nada que envidiar al de una ópera convencionalmente dramática con todo el aparato de la traca final. Revelarla sería hacer un disfraz al lector, así que me limito a avisarle de que se trata de un juego de prestidigitación digno de Houdini. Brewer, tras dictar a cada malvado su penitencia y repartir los premios a los buenos, monta un espectáculo al que acuden todos para la fastuosa despedida final.

No falta nada en las caracterizaciones: la bruja de un solo diente volcada ante el caldero en su mísera cabaña, los truculentos pasadizos del castillo, la descarada afición por los más perversos placeres, la maldad sin límite ni conciencia, el truculento escenario donde se reúnen el diablo y sus ayudantes, la bondad angelical de las damas engañadas o asesinadas, la hipocresía de alguno de los sirvientes... nada escapa a la pluma del autor, y por eso mismo esta novela es un resumen admirable del género. Tampoco podía faltar el engaño entre perversos, del que sale peor parado el terrible barón ante las mujeres, que lo someten a su pesar. En fin, esquemática y todo, es una delicia de lectura, punteada por agudas observaciones psicológicas de conductas y una eficiente descripción de los hechos y actitudes, que el autor entremezcla con gran habilidad. Un detalle misógino: el barón llega a ser presa de remordimientos y hasta a arrepentirse, aunque tarde; la mujer fatal no lo hace ni se le da la ocasión de hacerlo.

La bruja de Ravensworth

George Brewer

Traducción de Alfonso Boix Jovaní
Siruela, 2020
176 páginas. 17,95 euros